

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

SIN PAUSA Y SIN PRISA NOTAS A LA ACTUALIDAD CULTURAL

Las hogueras de Dover

EN una dulce noche otoñal, cuando finalizaba octubre, las rocas blancas de Dover, sobre el canal de la Mancha, se han visto coronadas por una crestería llameante. Eran las señales de júbilo con las que Inglaterra comunicaba a Europa su ingreso en el Mercado Común. Bien pronto, sobre las playas de Calais y de Ostende, Francia y Bélgica —en nombre del Continente— encendían análogas júbilosas luminarias.

Se utilizaba así el más viejo telégrafo del mundo (en el sentido literal de distancia —«tele»— y signo —«grafo»—) tal como hace cerca de tres mil años —¿no recordáis la «Orestida»?— llegó al palacio de Atenas —donde Clitemnestra mancillaba el lecho del rey— la noticia de que Troya había caído en poder del ejército griego. Así lo indica el Vigía que, sobre la techumbre del regio edificio, espera, noche tras noche, que se encienda una hoguera en la montaña, reflejo de otros fuegos en cadena que, de cumbre en cumbre, traen la buena nueva al impaciente corazón de los atenienses.

Esta vez, el fuego, ha sido, también, emisario de «evangelio», es decir, de buena noticia. Tras las obligadas escaramuzas verbales, en la más noble tradición parlamentaria del mundo, lores y comunes han decidido que Inglaterra «era Europa». ¿Y no es, esta actualidad periodística, también, una «actualidad cultural» que reclama su sitio en esta semanal atalaya?

En primer término, porque toda aproximación entre las gentes tiene un sentido afirmativo y luminoso, que debemos subrayar. En segundo lugar, porque estas medidas —económicas, financieras, monetarias—, completan una integración espiritual que ya se había producido a lo largo de los siglos. Porque ¿no exageramos un poco cuando nos obstinamos en hablar del insularismo inglés? Ciertamente no faltan anécdotas de este pueblo tan obstinado en la yarda y el sistema duodecimal, como en conducir los vehículos por la izquierda. Tan rigido en su monolingüismo como en su conciencia de centro del universo, incluso después de que ¡ay!, el Imperio Británico se ha convertido en un sueño. Pero aceptemos que el insularismo da, en todas las latitudes, una cierta psicología que concita —confesémoslo también— una cierta reacción polémica en las almas continentales.

Porque si aceptamos que las rocas blancas de Dover, ahora coronadas de llamas amistosas, se asientan sobre terribles acantilados, no es menos cierto que Bretaña y Normandía se presentan como tremendas fortalezas muradas. De unas y otras supie-

ron bien los desvelos de los Estados Mayores de Hitler y de Eisenhower, durante la más reciente conflagración mundial. Si el reducto inglés es difícil de conquistar, la sangre vertida en Omaha Beach, en «el día más largo de la Historia», nos dicen que Europa no es un castillo de fácil acceso. (En la curiosa geografía de Van Loon hay un dibujo que presenta al Canal de la Mancha como lo que es: un fabuloso cementerio de navíos.)

Agravar el «distanciamiento» de las maneras británicas no es difícil. Pero ¿sería justo? Empezando por la lengua, ¿no es más cierto que el «Oxford Dictionary» nos muestra que más de la mitad de sus palabras —bien que pronunciadas a la diábola— son de origen latino? El tremendo foso del Canal no impidió que las legiones de César pisaran tierra británica; ni que, en la Edad Media, anidara en Irlanda, en espantable aislamiento, una tradición cristiana, tan perdida en lejanías, que un grupo de monjes irlandeses fue enviado a Roma para saber si el trono de San Pedro continuaba existiendo. Y luego, ¿no repitieron los «fabliaux» de Francia o los «enxiemplos» de España las rubicundas y alegres historietas que contaban los peregrinos que iban, creyentes y jocundos, hacia el convento de Santo Tomás de Canterbury? No. La historia está hecha de comunicación. Y siempre nos producirá asombro y alegría la inventiva del hombre que, si no por medio de hogueras encendidas, por ágiles corredores a pie, ha llevado la Noticia de una parte a otra, con celeridad increíble.

No son, pues, las hogueras de Dover las que han lanzado por primera vez las luminarias de Inglaterra sobre Europa. Una gran columna llameante llena toda la historia continental, y se llama Shakespeare. Quien con un cuento italiano de Mateo Bandello inventa la trágica historia de Romeo y Julieta; y con un relato del infante Don Juan Manuel, crea la jocunda anécdota de «La doma de la bravia». Y Otelo y Shylock ¿no viven en Venecia? Analizar lo que Shakespeare conoce de España es recorrer una bien sabrosa historia. Bastaría con anotar su vocabulario de vinos españoles desde el Jerez al de Canarias y desde la «charnaca» al «bastardo». Bien claro está que en la Inglaterra del XVI España era una costumbre y que, por lo tanto, había hogueras visibles en las crestas de las dos orillas.

Ni Inglaterra podía pasarse sin Europa —cuya evolución espiritual sigue paso a paso— ni el Continente podía haberla abandonado a su insularidad. Volviendo a su relación con España, a través de enemistades militares (Inglaterra) o amista-

des históricas (Irlanda) cabría trazar un frondoso capítulo de recuerdos. El eufuismo inglés de John Lyly debe mucho al preciosismo expresivo de fray Antonio de Guevara; como el desvergonzado desparpajo de la Moll Flanders de De Foe, al descarado cinismo de nuestros picaros. Y un curioso paralelismo podría trazarse incluso entre el parejo distanciamiento de lo continental, que une a los insulares ingleses con los peninsulares españoles.

Inglaterra, pues, había entrado, gracias a Dios, hace bastantes siglos en el Mercado Común de la Cultura.

Otras hogueras, sobre las rocas blancas de Dover, nos hacen señales de Espíritu. Cuando a finales del XIX, la humanidad busca desesperadamente el famosísimo «frisson nouveau», luces británicas bailan ante nuestros creadores con fantasmales fuegos fatuos. El delgado, delicado esteticismo de Ruskin, en oposición al héroe de Carlyle, nos llena muchas fuentes de inspiración. Las revistas barcelonesas del fin-de-siglo muestran bien el influjo de Dante Gabriel Rossetti y de Swinburne, y recorrer el museo de Birmingham es como hallar, en el otro extremo, un reflejo del mundo mediterráneo del «Cau Ferrat». Y en la hora de los decadentismos, la pálida orquídea de Oscar Wilde ¿no aparece en el ojal de muchos desmayos españoles?...

¿Prolongar la lista con otras evidencias? Shaw, Chesterton, Bertrand Russell, James Joyce, no son otros tantos ejemplos de invocación continental. Y —por lo que a nosotros se refiere— ¿no prolongan los Allison Peers, los Wilson, los Vary, los Shergold, los Starkie, la vasta pléyade de los ingleses enamorados de España desde Southey, Borrow y Richard Ford?

Lucen, en la noche dulce del otoño, cuando las hiedras de los castillos ingleses son de color de cobre incendiado, las hogueras de las rocas blancas de Dover, para anunciarnos que la Old Merry England, la Vieja Feliz Inglaterra ha resuelto completar, en el plano de los intereses materiales, una unidad plenamente válida en el terreno del Espíritu.

Lo celebramos encendiendo en nuestro interior la íntima fogata de nuestra alegría. Por nosotros. Y por ellos.

Guillermo DIAZ-PLAJA

de la Real Academia Española.

RUINAS

UN ARTICULO MAS SOBRE VENECIA

YA lo saben ustedes: Venecia corre el peligro de hundirse definitivamente en sus viejas aguas. Los periódicos, la televisión y las academias han lanzado la voz de alarma. Supongo que el énfasis ha ido a cargo de los «europeos», sobre todo. Y es lógico, por supuesto. Resulta difícil imaginar lo que el nombre de Venecia pueda significar, ahora, en los territorios excoloniales, incluyendo las «venezuelas» de toponimia mimitica. Pero aquí, en este continente senil, en la Europa artrítica del Mercado Común, Venecia todavía representa mucho. En realidad, y turismo aparte, representa un entrañable bloque de reminiscencias doctas. La Serenísima, por ejemplo, y hasta Lepanto, si se quiere. Y un muestrario de pintura insigne: Tiziano, Tintoretto, Veronese, Tiepolo. Y mucho monumento. Y carnavales, y gondoleros, y tarjetas postales. Mi padre hubiera dicho: Loreddán. En el Palacio de Loreddán, don Carlos y su perra, y doña Margarita, y la pequeña corte nostálgica y conspiratoria que rodeaba a los tres personajes, constituían un último reducto de romanticismo banal... No le falta razón a nadie: la ciudad de los Dogos y las Dogaresas tiene «gancho» para todos. Y da pena el anuncio de su fin.

Sólo que... Me parece que estamos olvidando algo importante. A fuerza de optimismos publicitarios e ideológicos, las muchedumbres de nuestro tiempo se inclinan a creer que su «mundo» —sus casas y sus calles, sus libros y sus lienzos, sus gustos y sus disgustos— tienen la «eternidad» garantizada. Parece como si esa cosa tan «natural» que son las «ruinas» no cuentan para nosotros, y que la gente de hoy día disponemos de un futuro imposable y perfecto. La idea de «ruinas» no entra en nuestras hipótesis. Tendemos a eliminar la posibilidad: nos negamos a admitir que nos llegará el turno de ser materia de estudio para algún arqueólogo. Incas y faraones, griegos y romanos, chinos e indios, hititas y etruscos, carolingios y godos, cromagnones y neandertales, asirios y aztecas: todo eso está claro. Pero hemos decidido, implícitamente, que no será ese nuestro caso. Los autores de novelas de ciencia ficción, y algunos aguafiestas intelectuales notoriamente reaccionarios, apuntan en riesgo de que, a la corta o a la larga, nos convirtamos en unas ruinas tan curiosas y evaporadas como las de Tebas o las de Persépolis. O las de Palmira, que sería un mal menor: quizás un conde Volsney de mañana...

Las torres que desprecio al aire fueron, a su gran pesadumbre se rindieron,

escribió el poeta. Quizá cito mal. El texto me baila en la memoria de mis tiempos, ya remotos, de escolar. El hecho es que «se rindieron». Se rindieron las torres de Itálica y se rendirán las torres de Nueva York. La «pesadumbre» será diferente. Sin duda. ¿Qué «peso» abrumará, cuando

llegue la hora, a los rascacielos de Nueva York o de Moscú, de Los Angeles o de Brasilia? ¿Una catástrofe atómica, unos intereses de inmobiliarias, la pura y simple deterioración?... No soy de los que propenden a «ennegrecer» las perspectivas. Confío en que la estupidez humana, con ser enorme, no llegará al paroxismo de un desastre nuclear, y que alguna vez se pondrá coto a las barrabasadas de la voracidad económica. Quizá poco de ingenio. De todos modos, la tercera eventualidad insinuada ya me merece menos confianza. He escrito: «la pura y simple deterioración...» Y sí: todo se deteriora, se degrada, se «arruina». No sólo nosotros, los hombres, y nuestros animales y nuestros vegetales, que somos «materia orgánica». Aunque procuremos disimularlo, o disimulárnoslo, esta verdad la tenemos clara: somos «materia orgánica», y nuestro destino es «pudrirnos». Si al lector le molesta el verbo, le ruego que lo sustituya por un sinónimo. No hemos de «pudrir», con el tiempo. Y a lo que iba: también se «pudren» las piedras, y el acero, y el cemento armado. Aquí, el sinónimo es fácil y aséptico: se «deterioran», se «degradan», se... ¿«Arruinan»? Los especialistas utilizarán términos más exactos, y hasta menos dramáticos. La ciencia da su dictamen en un idioma que no es el de nuestras misericordiables inquietudes...

No ha de sorprendernos que Venecia se venga abajo. Si el asunto no fuese tan lúgubre, uno trataría de esbozar una interpretación humorístico-erudita de la amenaza. Pongamos esta: la venganza conyugal del Adriático. Las lecturas emotivas de mi adolescencia me llevan a evocar la escena del Dux «casándose» con las aguas: el primer magistrado de la Serenísima, al tomar posesión del enchufe, protagonizaba la pantomima mítico-política de su matrimonio con el mar, y lanzaba al charco un anillo de bodas simbólico, con el cual «tomaba posesión» —como un marido de su esposa, a la antigua usanza— del espacio navegable. La escena es victorhuguesca o walterscottiana, y merecedora de muchos metros de tecnicolor en pantalla panorámica, si los «extras» y el «atrezzo» están a la altura de las circunstancias... Se acabaron los Dogos y las Dogaresas, porque todo se acaba, un día u otro, en este mundo. Venecia fue una «gran potencia» —en su momento, un equivalente de los USA, o del Imperio Británico— mientras el Mediterráneo fue el centro del Cosmos y mientras se podía hacer la guerra con espadas, con lanzas y con algún que otro arcabuz. Pero el Mediterráneo descendió al rango de lago subalterno y las armas empezaron a hacerse costosas. La Serenísima languideció. Sus fiestas y su pintoresco palafítico no dieron mucho de sí. Y cuando el «signore» Garibaldi y sus muchachos realizaron la Italia soñada por el arcaico Petrarca, Venecia pasó a ser una provincia lamentable. Como todas las provincias. El mar, mejor dicho, la mar, viuda de sus Dogos, reclama su indemnización...

Dejemos esto. Venecia se hunde: Venecia entra en la categoría de las «ruinas». Si se hundiese en veinticuatro horas, como Sodoma y Gomorra, o Pompeya y Herculano, sería otro cantar: pondríamos al fenómeno una etiqueta patética, ayudaríamos a los damnificados, y en paz. Pero no. Al parecer, se hunde poco a poco. En la caera este «palazzo» lleno de mármoles ilustres y con frescos preciosos. Al día siguiente será otro. Y etcétera. El desmoronamiento será lento: implacable, pero lento. Le ha llegado su hora. No hay que hacerse ilusiones. Porque no sólo es que se «hunde». Los edificios flaquean, en el agua. Pero las estatuas egregias, los materiales más «nobles» de la construcción, acusan mil corrosiones. Yo no estoy seguro de que Rodrigo Caro dijera: «Las torres que desprecio al aire fueron... Si lo dijo, la palabra «aire», para nosotros, cobra un sentido que el poeta no pudo ni siquiera conjeturar. El «aire», ahora, nos induce a recelar de «poluciones», «contaminaciones» y otras confusas insidias «químicas». Dejémoslo en «química»: «química orgánica», «química inorgánica...» Hoy es Venecia lo que ingresa en el espectral reino de las «ruinas». Ya vendrá el día de Brooklyn o de Manhattan, y el de Sueca, que es donde vive un servidor. Y el de Barcelona. Ciertamente no es lo mismo, ni yo tengo el menor propósito de establecer paralelos absurdos. Sólo que lo que nace muere, y nada es eterno, y... La retórica acerca del tema es conocida. Me considero excusado de más alusiones.

Las próximas, inminentes «ruinas» de Venecia nos inquietan —seamos sinceros—, más que por lo que Venecia supone, por el hecho mismo de asistir a la consumación de unas «ruinas». Ya desbarró contra Venecia, hace medio siglo, el difunto Marinetti, futurista y fascista, que estaba en contra de los violines palúdicos y de las romanzas de los gondoleros. La Venecia asumida por la población de Europa —por la «clientela»— venía a ser una barcarola comercial y boba. La Venecia monumental e histórica era ya un clisé borroso. Pero «memorable», a pesar de todo. De todos modos, eso es lo de menos. La leve crispación que lo de Venecia ha producido responde a lo que acabo de apuntar: el susto de advertir una «ruina» en nuestro domicilio. Si se prefiere otra comparación: algo así como descubrir que tenemos una muela carlada o una úlcera en cualquiera de nuestros intestinos: Sentimos —con dolor o no— la evidencia de que un fragmento de nosotros se corrompe: la muela o el intestino. Es el comienzo del final. El final es la corrupción: la de uno mismo, la de todos, la de nuestras ciudades, la de los imperios, y la de lo que se presente... Naturalmente, cuando uno se siente afligido, acude a la clínica para obtener una prótesis o un alivio quirúrgico. «Hay que salvar a Venecia», claman por ahí. Me apunto al coro. Siempre hay que salvar lo que se pueda. Hay que estar «contra la muerte», por principio... Pero la cosa no tiene remedio.

Se acaba Venecia, y hemos de tomar conciencia de lo que eso representa. Incluido lo de «cuando las barbas de tus vecinos veas repar...» La «ruina» forma parte de la vida. Si fuésemos ilgeramente razonables, no habría de incomodarnos el supuesto de somos el «paleolítico» de alguien. Ese «alguien», dentro de mil o dos mil años, si Dios quiere o hay suerte, hurgará en la tierra, y sacará pedazos de bidet, culos de botella de gaseosa, piezas sueltas de automóvil o de avión, una enigmática porción de ibeeme, y con ello se redactarán tesis doctorales y se organizarán museos... Eso es lo que nos espera. Venecia ha de ser «salvada». ¿Cómo, y para qué? Pregúnteselo quien esté obligado a hacerlo. «Venecia» es un fantasma y un montón de muebles e inmuebles, el uno y lo otro acreedores de efusivas ayudas. Pero también están los «venecianos». No he leído ningún papel acerca de ellos. Espero que no se ahogarán en su amado y —hasta ahora— rentable Adriático: harán las maletas, y se largarán a tierra firme. Pueden ir a trabajar a Suiza o a Alemania, como hace la gente de mi pueblo, y como hacen muchos miles de italianos no «venetos»... Hay que impedir que Venecia desaparezca. De paso, añadiré que me sobrecoge la sospecha de que haya quien crea en la solución de un reparto de ayudas diplomáticas, con el reparto inherente de piedras al estilo de los tiempos egipcios con motivo de las obras hidráulicas de Nasser. Un palacio del Gran Canal, o cercano al puente de Rialto, colocado en el estanque del Retiro, sería una estupidez. Todo es posible, sin embargo...

Pero insisto: se acaba Venecia porque se ha de acabar. Como nos «acabaremos» el lector y yo. Estamos acostumbrados a que las «cosas» duren más que las personas. En mi casa tengo muebles que compraron mis bisabuelos en la etapa del noviazgo. En los domicilios urbanos del neocapitalismo —la «sociedad de consumo»— las «cosas» tendrán una «vida» más corta. En todo caso, siempre la tendrán más larga que sus propietarios. Esta silla en que estoy sentado me sobrevivirá, como sobrevivirá a quien la fabricó y a quien la adquirió... Esto es obvio. Sólo que no hay que abusar de nuestra noción de la «temporalidad». También esta silla perecerá: víctima del gusano que le corresponde, o del fuego, o del desvencijamiento, o de Dios sabe qué. La silla y el sillar, el bronce y el alabastro, todo «pasa». Se esfumará Venecia como se desvaneció Itaca, Babilonia, Memphis o cualquiera de aquellas ciudades de nombre endiablado que conquistaron Hernán Cortés o Francisco Pizarro. Hay que hacerse el ánimo. Seremos «ruinas», cualquier día. Ser «ruina» es natural. La «vejez» en los hombres parece una referencia válida. Sólo dejará de haber «ruinas» cuando sea «abolido» la «historia»...

Joan FUSTER